

LA TRAIIONADA

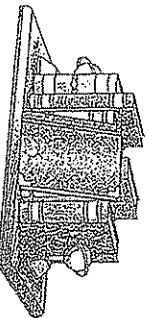
Isabel Allende

Isabel Allende, hija de padres chilenos, nació en Lima, Perú, en 1942. Vivió en Beirut durante su infancia y luego en Santiago de Chile. En 1973, a causa de los conflictos políticos y sociales por los guales pasaba el país, Allende se fue a vivir en el exilio. Hoy vive en los Estados Unidos. Su vida como escritora comenzó en Chile donde escribió para la revista feminista Paula. Sus artículos pronto la hicieron muy popular entre sus lectores.

Entre las obras que la ayudaron a aparecer en el ámbito mundial se encuentran *La casa de los espíritus* (1982), *Eva Luna* (1987), *Cuentos de Eva Luna* (1989), *El plan infinito* (1992), *Paula* (1992), *Atrófila* (1998) e *Hija de la fortuna* (1999). La casa de los espíritus fue la obra que le permitió ser reconocida a nivel internacional. Esta novela cuenta la historia de la familia Truaba durante años de grandes cambios políticos. En ella aparecen muchos personajes que están basados en miembros de la familia de Allende. En 1993 se hizo una película basada en la novela. El cuento que vas a leer aparece en la colección *Cuentos de Eva Luna*. Muchos de estos cuentos están basados en incidentes que aparecieron en los diarios de Caracas, Venezuela, mientras la autora vivía allí.



Lectura



Cartas de amor traicionado

Isabel Allende

La madre de Anallía Torres murió de una fiebre delirante

cuando ella nació y su padre no soportó la tristeza y dos semanas más tarde se dio un tiro de pistola en el pecho. Agotizó varios días con el nombre de su mujer en los labios. Su hermano Eugenio administró las tierras de la familia y dispuso del destino de la pequeña huérfana según su criterio. Hasta los seis años Anallía creció alejada a las faldas de un ama india en los cuartos de servicio de la casa de su tutor y después, apenas tuvo edad para ir a la escuela, la mandaron a la capital, interna en el Colegio de las Hermanas del Sagrado Corazón, donde pasó los doce años siguientes. Era buena alumna y amaba la disciplina, la austeridad del edificio de piedra, la capilla con su corte de santos y su aroma de cera y de lirios, los corredores desnudos, los patos sombríos. Lo que menos la atraía era el bullicio de las pupilas y el acre olor de las salas de clases. Cada vez que lograba burlar la vigilancia de las monjas, se escondía en el desván, entre estatuas decapitadas y muebles rotos, para contrarse cuentos a sí misma. En esos momentos robados se sumergía en el silencio con la sensación de abandonarse a un pecado.

Cada seis meses recibía una breve nota de su tío Eugenio recomendándole que se portara bien y honrara la memoria de sus padres, quienes habían sido dos buenos cristianos en la vida y estarían orgullosos de que su única hija dedicara su existencia a los más altos preceptos de la virtud, es decir, entrara de novicia al convento. Pero Anallía le hizo saber desde la primera instrucción que no estaba dispuesta a ello y mantuvo su postura con firmeza simplemente para contrariarlo, porque en el fondo le gustaba la vida religiosa. Escondida tras el hábito en la soledad última de la renuncia a cualquier placer, tal vez podría

couldn't tolerate
se... shot himself with a pistol

clinging / housekeeper
guardian

bare
buste / boarders / pungent
lograba... managed to evade
antic

sin

rules

?
behind

Al leer

En este cuento Isabel Allende nos presenta la vida de una mujer que fue traicionada. Mientras lees, presta atención a estos puntos:

- cómo conoció Anallía Torres a su futuro esposo
- la relación que tenía Anallía con su esposo una vez que se casaron
- lo que Anallía descubrió a través de su hijo y lo que hizo al final del cuento

encountering 30
 encontrar paz perdurable, pensaba: sin embargo su instinto le
 advertía contra los consejos de su tutor. Sospechaba que sus
 acciones estaban motivadas por la codicia de las tierras, más que
 por la lealtad familiar. Nada proveniente de él le parecía digno
 de confianza, en algún resquicio se encontraba la trampa.
 Cuando Analia cumplió diecisiete años, su tío fue a visitarla al
 colegio por primera vez. La Madre Superiora llamó a la
 muchacha a su oficina y tuvo que presentarlo, porque ambos
 habían cambiado mucho desde la época del ama india en los
 patios traseros y no se reconocieron.
 —Veo que las Hermanitas han cuidado bien de ti, Analia
 —comentó el tío revolviendo su taza de chocolate—. Te ves
 sana y hasta bonita. En mi última carta te notifiqué que a partir
 de la fecha de este cumpleaños recibirás una suma mensual para
 tus gastos, tal como lo estipulé en su testamento mi hermano,
 que en paz descanse.
 —¿Cuánto?
 —Cien pesos.
 —¿Es todo lo que dejaron mis padres?
 —No, claro que no. Ya sabes que la hacienda te pertenece,
 pero la agricultura no es tarea para una mujer, sobre todo en estos
 tiempos de huelgas y revoluciones. Por el momento te haré llegar
 una mensualidad que aumentaré cada año, hasta tu mayoría de
 edad. Luego veremos.
 —¿Veremos qué, tío?
 —Veremos lo que más te conviene.
 —¿Cuáles son mis alternativas?
 —Siempre necesitarás a un hombre que administre el campo,
 niña. Yo lo he hecho todos estos años y no ha sido tarea fácil,
 pero es mi obligación, se lo prometí a mi hermano en su última
 hora y estoy dispuesto a seguir haciéndolo por ti.
 —No deberá hacerlo por mucho tiempo más, tío. Cuando me
 case me haré cargo de mis tierras.
 —¿Cuándo se case, dijo la chiquilla? Dígame, Madre, ¿es que
 tiene algún pretendiente?
 —¿Cómo se le ocurre, señor Torres! Cuidamos mucho a las
 niñas. Es sólo una manera de hablar. ¡Qué cosas dice esta
 muchacha!
 Analia Torres se puso de pie, se estiró los pliegues del
 uniforme, hizo una breve reverencia más bien burlesca y salió. La
 Madre Superiora le sirvió más chocolate al caballero, comentando
 que la única explicación para ese comportamiento descortés era

el escaso contacto que la joven había tenido con sus familiares.
 —Ella es la única alumna que nunca sale de vacaciones y a
 quien jamás le han mandado un regalo de Navidad —dijo la
 monja en tono seco.
 —Yo no soy hombre de niños, pero le aseguro que estimo
 mucho a mi sobrina y he cuidado sus intereses como un padre.
 Pero tiene usted razón, Analia necesita más cariño, las mujeres
 son sentimentales.
 Antes de treinta días el tío se presentó de nuevo en el colegio,
 pero en esta oportunidad no pidió ver a su sobrina, se limitó a
 notificarle a la Madre Superiora que su propio hijo deseaba
 mantener correspondencia con Analia y a rogarle que le hiciera
 llegar las cartas a ver si la camaradería con su primo reforzaba
 los lazos de la familia.
 Las cartas comenzaron a llegar regularmente. Sencillo papel
 blanco y tinta negra, una escritura de trazos grandes y precisos.
 Algunas hablaban de la vida en el campo, de las estaciones y los
 animales, otras de poemas ya muertos y de los pensamientos que
 escribieron. A veces el sobre incluía un libro o un dibujo hecho
 con los mismos trazos firmes de la caligrafía. Analia se propuso
 no leerlas, fiel a la idea de que cualquier cosa relacionada con su
 tío escondía algún peligro, pero en el aburrimiento del colegio las
 cartas representaban su única posibilidad de volar. Se escondía en
 el desván, no ya a inventar cuentos improbables, sino a releer con
 avidez las notas enviadas por su primo hasta conocer de memoria
 la inclinación de las letras y la textura del papel. Al principio no
 las contestaba, pero al poco tiempo no pudo dejar de hacerlo. El
 contenido de las cartas se fue haciendo cada vez más útil para
 burlar la censura de la Madre Superiora, que abrió toda la
 correspondencia. Creció la intimidad entre los dos y pronto
 lograron ponerse de acuerdo en un código secreto con el cual
 empezaron a hablar de amor.
 Analia Torres no recordaba haber visto jamás a ese primo que
 se firmaba Luis, porque cuando ella vivía en casa de su tío el
 muchacho estaba inteno en un colegio en la capital. Estaba
 segura de que debía ser un hombre feo, tal vez enfermo
 contrahcho, porque le parecía imposible que a una sensibilidad
 tan profunda y una inteligencia tan precisa se sumara un aspecto
 rechoncho como su padre con la cara picada de viruelas, cojo y
 medio calvo; pero mientras más defectos le agregaba más se
 inclinaba a amarlo. El brillo del espíritu era lo único importante,

invited
 affection
 own
 bag her
 strengthened
 bonds
 se... signed himself
 chubby / pichado... pitted with
 snipe / lame

bottom / arrancárselos... root them out demands loneliness

115 lo único que resistiría el paso del tiempo sin deteriorarse e iría creciendo con los años, la belleza de esos héroes utópicos de los cuernos no tenía valor alguno y hasta podía convertirse en motivo de frivolidad, concluía la muchacha, aunque no podía evitar una sombra^o de inquietud en su razonamiento.^o Se preguntaba cuánta deformidad sería capaz de tolerar.

120 La correspondencia entre Analia y Luis Torres duró dos años, al cabo de los cuales la muchacha tenía una caja de sombrero llena de sobras y el alma definitivamente entregada. Si cruzó por su mente la idea de que aquella relación podría ser un plan de su río para que los bienes que ella había heredado de su padre pasaran a manos de Luis, la descartó de inmediato, avergonzada

125 pasarán a manos de Luis, la descartó de inmediato, avergonzada de su propia mezquindad. El día en que cumplió dieciocho años, la Madre Superiora la llamó al refectorio porque había una visita esperándola. Analia Torres advino quién era y estuvo a punto de correr a esconderse en el desván de los santos olvidados, aterrada ante la eventualidad de enfrentar por fin al hombre que había imaginado por tanto tiempo. Cuando entró en la sala y estuvo frente a él necesitó varios minutos para vencer la desilusión.

130 Luis Torres no creó el enano retorcido^o que ella había conservado en sueños y había aprendido a amar. Era un hombre bien plantado, con un rostro simpático de rasgos^o regulares, la boca todavía infantil, una barba oscura y bien cuidada, ojos claros de pestañas^o largas, pero vacíos de expresión. Se parecía^o un poco a los santos de la capilla, demasiado bonito y un poco bobalicon.^o Analia se repuso^o del impacto y decidió que si había aceptado en su corazón a un jorobado,^o con mayor razón podía querer a este joven elegante que la besaba en una mejilla^o dejándole un rastro^o de lavanda en la nariz.

* * *

135 Desde el primer día de casada Analia detesto a Luis Torres. Cuando la aplastó^o entre las sábanas bordadas^o de una cama demasiado blanda,^o supo que se había enamorado de un fanasma^o y que nunca podría trashedar esa pasión imaginaria a la realidad de su matrimonio. Combato sus sentimientos con determinación, primero descartándolos como un vicio y luego, cuando fue imposible seguir ignorándolos, tratando de llegar al fondo^o de su propia alma para arrancárselos de raíz.^o Luis era gentil y hasta divertido a veces, no la molestaba con exigencias^o desproporcionadas ni trató de modificar su tendencia a la soledad^o y al silencio. Ella misma admitía que un poco de

140 buena voluntad^o de su parte podía encontrar en esa relación cierta felicidad, al menos tanta como hubiera obtenido tras un hábito de monja. No tenía motivos precisos para esa extraña repulsión por el hombre que había amado por dos años sin conocer. Tampoco lograba poner en palabras sus emociones, pero si hubiera podido hacerlo no habría tenido nadie con quien comentarlo. Se sentía burlada al no poder conciliar^o la imagen del pretendiente epistolar con la de ese marido de carne y hueso.^o Luis nunca mencionaba las cartas cuando ella tocaba el tema, él le cerraba la boca con un beso rápido y alguna observación ligera sobre ese romanticismo tan adecuado a la vida matrimonial, en la cual la confianza, el respeto, los intereses comunes y el futuro de la familia importaban mucho más que una correspondencia de adolescentes. No había

145 entre los dos verdadera intimidad. Durante el día cada uno se desmpeñaba^o en sus quehaceres^o y por las noches se encontraban entre las almohadas de plumas, donde Analia acostumbrada a su camastrero^o del colegio creía sofocarse. A veces se abrazaban de prisa,^o ella tímida y tensa, él con la actitud de quien cumple^o una exigencia del cuerpo porque no puede evitarlo. Luis se dormía de inmediato, ella se quedaba con los ojos abiertos en la oscuridad y una protesta atravesada^o en la garganta. Analia inventó diversos medios para vencer el rechazo^o que él le inspiraba, desde el recurso de fiar^o en la memoria cada detalle de su marido con el propósito de amarlo por pura determinación, hasta el de vaciar la mente de todo pensamiento y trashedarse a una dimensión donde él no pudiera alcanzarla.^o Rezaba para que fuera sólo una repugnancia transitoria, pero pasaron los meses y en vez del alivio esperado creció la animosidad hasta convertirse en odio.^o Una noche se sorprendió soñando con un hombre horrible que la acariciaba^o con los dedos manchados^o de tinta^o negra.

150 Los esposos Torres vivían en la propiedad adquirida por el padre de Analia cuando ésa era todavía una región medio salvaje,^o tierra de soldados y bandidos. Ahora se encontraba junto a la carretera y a poca distancia de un pueblo próspero, donde cada año se celebraban ferias agrícolas y ganaderas.^o Legalmente Luis era el administrador del fundo,^o pero en realidad era el tío Eugenio quien cumplía esa función, porque a Luis le aburrían los asuntos^o del campo. Después del almuerzo, cuando padre e hijo se instalaban en la biblioteca a beber coñac y jugar dominó, Analia oía a su tío decidir sobre las inversiones, los animales, las siembras^o y las cosechas.^o En las raras ocasiones en que ella se atrevía^o a intervenir para dar una opinión, los dos hombres la

shadow / reasoning

ah... the twisted dwarf face / features grins/yes / Se... He resembled n/virt / so... recovered hunchback cheek scent

de... good will

reconcile carne... flesh and blood

se... would occupy himself or herself / chores

wanted had hurriedly / obey; fulfill

stuck para... to overcome the rejection / to fix

reach her

hate

carried / stained / ink

wild

livestock rural property

affairs

sowing / harvests would venture

escuchaban con aparente atención, asegurándole que tendrían en cuenta sus sugerencias, pero luego actuaban a su amañó. A veces Analía salía a galopar por los potreros^o hasta los límites de la montaña deseando haber sido hombre.

El nacimiento de un hijo no mejoró en nada los sentimientos de Analía por su marido. Durante los meses de la gestación se acentuó su carácter retraído, pero Luis no se impacientó, atribuyéndolo a su estado. De todos modos, él tenía otros asuntos en los cuales pensar. Después de dar a luz, ella se instaló en otra habitación, amueblada^o solamente con una cama angosta y dura. Cuando el hijo cumplió un año todavía la madre cerraba con llave la puerta de su aposento^o y evitaba^o toda ocasión de estar a solas^o con él. Luis decidió que ya era tiempo de exigir un trato más considerado y le advirtió^o a su mujer que más le valía cambiar de actitud, antes que rompiera la puerta a tiros. Ella nunca lo había visto tan violento. Obedeció sin comentarios. En los siete años siguientes la tensión entre ambos aumentó de tal manera que terminaron por convertirse en enemigos solapados, pero eran personas de buenos modales y delante de los demás se trataban con una exagerada cortesía. Sólo el niño sospechaba el tamaño de la hostilidad entre sus padres y despertaba a medianoche llorando, con la cama mojada. Analía se cubrió con una coraza^o de silencio y poco a poco pareció irse secando por dentro. Luis, en cambio, se volvió más expansivo y iróico, se abandonó a sus múltiples apetitos, bebía demasiado y solía perderse por varios días en incontables trasversuras. Después, cuando dejó de disimular^o sus actos de disipación, Analía encontró buenos pretextos para alejarse aún más de él. Luis perdió todo interés en las faenas^o del campo y su mujer lo reemplazó, contenta de esa nueva posición. Los domingos el tío Eugenio se quedaba en el comedor discutiendo las decisiones con ella, mientras Luis se hundía^o en una larga siesta, de la cual resuscitaba al anochecer, empapado^o en sudor y con el estómago revuelto, pero siempre dispuesto a irse otra vez de jarama^o con sus amigos.

Analía le enseñó a su hijo los rudimentos de la escritura y la aritmética y trató de iniciarlo en el gusto por los libros. Cuando el niño cumplió siete años Luis decidió que ya era tiempo de darle una educación más formal, lejos de los ruidos de la madre, y quiso mandarlo a un colegio en la capital, a ver si se hacía hombre de prisa, pero Analía se le puso por delante con tal ferocidad, que tuvo que aceptar una solución menos drástica. Se

200
205
210
215
220
225
230
235
240
245
250
255
260
265
270
275

lo llevó a la escuela del pueblo, donde permanecía interno de lunes a viernes, pero los sábados por la mañana iba el coche a buscarlo para que volviera a casa hasta el domingo. La primera semana Analía observó a su hijo llena de ansiedad, buscando motivos para retenerlo a su lado, pero no pudo encontrarlos. La crianza parecía contenta, hablaba de su maestro y de sus compañeros con genuino entusiasmo, como si hubiera nacido entre ellos. Dejó de orinarse en la cama. Tres meses después llegó con su boleta de notas y una breve carta del profesor felicitándolo por su buen rendimiento. Analía la leyó temblando y sonrió por primera vez en mucho tiempo. Abrasó a su hijo conmovida, interrogándolo sobre cada detalle, cómo eran los dormitorios, qué le daban de comer, si hacía frío por las noches, cuántos amigos tenía, cómo era su maestro. Pareció mucho más tranquila y no volvió a hablar de sacarlo de la escuela. En los meses siguientes el muchacho trajo siempre buenas calificaciones, que Analía coleccionaba como tesoros y retribuía^o con frascos^o de mermelada y canastos de frutas para toda la clase. Trataba de no pensar en que esa solución apenas alcanzaba para la educación primaria, que dentro de pocos años sería inevitable mandar al niño a un colegio en la ciudad y ella sólo podría verlo durante las vacaciones.

En una noche de pelotera^o en el pueblo Luis Torres, que habla bebido demasiado, se dispuso a hacer piruetas en un caballo aleno^o para demostrar su habilidad de jinete^o ante un grupo de compañeros^o de taberna. El animal lo lanzó al suelo y de una patada le reventó^o los testículos. Nueve días después Torres murió anlando^o de dolor en una clínica de la capital, donde lo llevaron en la esperanza de salvarlo de la infección. A su lado estaba su mujer, llorando de culpa por el amor que nunca pudo darle y de alivio porque ya no tendría que seguir rezando para que se muriera. Antes de volver al campo con el cuerpo en un féretro^o para enterrarlo en su propia tierra, Analía se compró un vestido blanco y lo metió en el fondo de su maleta. Al pueblo llegó de luto, con la cara cubierta por un velo de vida para que nadie le viera la expresión de los ojos, y del mismo modo se presentó en el funeral, de la mano de su hijo, también con traje negro. Al término de la ceremonia el tío Eugenio, que se mantenía muy saludable a pesar de^o sus setenta años bien gastados, le propuso a su neta que le cediera^o las tierras y se fuera a vivir de sus rentas^o a la ciudad, donde el niño terminaría su educación y ella podría olvidar las penas^o del pasado.

280
285
290
295
300
305
310
315
320
325
330
335
340
345
350
355
360
365
370
375
380
385
390
395
400
405
410
415
420
425
430
435
440
445
450
455
460
465
470
475
480
485
490
495
500
505
510
515
520
525
530
535
540
545
550
555
560
565
570
575
580
585
590
595
600
605
610
615
620
625
630
635
640
645
650
655
660
665
670
675
680
685
690
695
700
705
710
715
720
725
730
735
740
745
750
755
760
765
770
775
780
785
790
795
800
805
810
815
820
825
830
835
840
845
850
855
860
865
870
875
880
885
890
895
900
905
910
915
920
925
930
935
940
945
950
955
960
965
970
975
980
985
990
995

—Porque no se me escapa, Analia, que mi pobre Luis y mi nunca fueron felices —dijo.

—Tiene razón, tío. Luis me engañó desde el principio.

—Por Dios, hija, él siempre fue muy discreto y respetuoso contigo. Luis fue un buen marido. Todos los hombres tienen pequeñas aventuras, pero eso no tiene la menor importancia.

—No me refiero a eso, sino a un engaño irremediable.

—No quiero saber de qué se trata. En todo caso, plainso que en la capital el niño y tú estarían mucho mejor. Nada les faltará. Yo me haré cargo de la propiedad, estoy viejo pero no acabado y todavía puedo voltear un toro.

—Me quedaté aquí. Mi hijo se quedará también, porque tiene que ayudarme en el campo. En los últimos años he trabajado más en los porteros que en la casa. La única diferencia será que ahora tomaré mis decisiones sin consultar con nadie. Por fin esta tierra es sólo mía. Adios, tío Eugenio.

En las primeras semanas Analia organizó su nueva vida.

Empezó por quemar^o las sábanas que había compartido^o con su marido y trasladar su cama angosta a la habitación principal; la ensegunda^o estrudió a fondo^o los libros de administración de la propiedad, y apenas tuvo una idea precisa de sus bienes buscó un capataz^o que ejecutara sus órdenes sin hacer preguntas. Cuando sintió que tenía todas las riendas^o bajo control buscó su vestido blanco en la maleta, lo planchó^o con esmero, se lo puso y así atarvada^o se fue en su coche a la escuela del pueblo, llevando bajo el brazo una vieja caja de sombreros.

Analia Torres esperó en el patio que la campana de las cinco anunciara el fin de la última clase de la tarde y el tropel^o de los niños saliera al recreo. Entre ellos venía su hijo en alegre carrera, quien al verla se detuvo en seco, porque era la primera vez que su madre aparecía en el colegio.

—Muéstrame tu aula, quiero conocer a tu maestro —dijo ella.

En la puerta Analia le indicó al muchacho que se fuera, porque ése era un asunto privado, y entró sola. Era una sala grande y de techos^o altos, con mapas y dibujos de biología en las paredes.

Había el mismo olor a encierro^o y a sudor de niños que había marcado su propia infancia, pero en esta oportunidad no le molestó, por el contrario, lo aspiró^o con gusto. Los pupitres se veían desordenados por el día de uso, había algunos papeles en el suelo y tinteros abiertos. Alcanzó^o a ver una columna de números en la pizarra. Al fondo, en un escritorio sobre una plataforma, se encontraba el maestro. El hombre levantó la cara sorprendido y

280

325

no se puso de pie, porque sus multeras^o estaban en un rincón, demasiado lejos para alcanzarlas sin arrastrar^o la silla. Analia cruzó el pasillo entre dos hileras^o de pupitres y se detuvo frente a él.

—Soy la madre de Torres —dijo porque no se le ocurrió algo mejor.

—Buenas tardes, señora. Aprovecho^o para agradecerle los dulces y las frutas que nos ha enviado.

—Depemos eso, no vine para cortésias. Vine a pedirle cuentas —dijo Analia colocand^o la caja de sombreros sobre la mesa.

—¿Qué es esto?

Ella abrió la caja y sacó las cartas de amor que había guardado todo ese tiempo. Por un largo instante él pasó la vista sobre aquel carro^o de sobras.

—Usted me debe once años de mi vida —dijo Analia.

—¿Cómo supo que yo las escribí? —balbuceó^o él cuando logró sacar la voz que se le había atascado^o en alguna parte.

—El mismo día de mi matrimonio descubrí que mi marido no podía haberlas escrito y cuando mi hijo trajo a la casa sus primeras notas, reconoció la caligrafía. Y ahora que estoy mirando no me cabe ni la menor duda, porque yo a usted lo he visto en sueños desde que tengo dieciséis años. ¿Por qué lo hizo?

—Luis Torres era mi amigo y cuando me pidió que le

escribiera una carta para su prima no me pareció que hubiera nada de malo. Así fue con la segunda y la tercera: después, cuando usted me contestó, ya no pude retroceder. Esos dos años fueron los mejores de mi vida, los únicos en que he esperado algo. Esperaba el correo.

—¡Ay!

—¿Puede perdonarme?

—De usted depende —dijo Analia pasándole las multeras. El maestro se colocó la chaqueta y se levantó. Los dos salieron al bullicio del patio, donde todavía no se había puesto el sol.

crutches

dragging

?

I take this opportunity

peevish... to ask for an explanation / ?

hill

stammered

se... had gotten stuck

no... I don't have the slightest doubt

go back